

Su hermano llega tarde. El reloj que lleva en la muñeca marca que hace casi diez minutos que habían quedado, y aun no ha aparecido. Empieza a impacientarse, pero deja que la música dentro de su mp3 siga dándole una conversación a su cerebro, con las melodías y ritmos más que aprendidos, con las letras tatuadas a fuego en el pecho.

Es la tercera vez que esa dichosa canción aparece por sus auriculares. La última vez que la ha escuchado, era cuando venía de camino en el autobús. Le gusta tanto, le ha sacado de tantos aprietos en tantísimas ocasiones, que no se cansa de escucharla ni una sola vez. Gira sobre los talones mientras los versos de *I'm Still Fly* retumban en su cabeza, recordándole a cada segundo lo que tiene que hacer. Por unos minutos, evade totalmente ese asunto que le trae de cabeza los últimos días.

Le echa tanto de menos... No puede hacer otra cosa que no sea recordarle, porque ha sido él el que ha puesto fin a lo que tenían, y lo único que puede hacer ahora es respetar su decisión, aunque sea lo más doloroso que ha sentido nunca.

Gira sobre los talones como acto reflejo, levanta la vista del suelo y casi prefiere que se abra un agujero en el suelo y le trague para siempre. Allí, al otro lado del pasillo, entre toda la gente que camina errante de un lado a otro del centro comercial, está el pelirrojo. Y sus ojos, su mirada, su sonrisa angelical, la forma de su mentón, su clavícula, su cuello, el borde de su oreja...

El rubio sacude la cabeza y clava la mirada en el suelo, rezando a los dioses nuevos y antiguos porque todo eso sea una mala pasada de su cabeza, que realmente Yukwon no está ahí, que no está torturándole con su presencia. Ha apretado los ojos con tal fuerza que ha tenido la impresión de que iban a reventar, pero cuando vuelve a abrirlos y levanta la mirada, habiendo pasado lo que para él ha sido una eternidad, el pelirrojo sigue allí delante.

Camina hablando con otro chico, un poco más alto que él, moreno. Pasan por al lado del rubio, apenas cinco metros de distancia les separan, pero el pelirrojo no repara en su ex. El que espera a su hermano mueve los pies instintivamente y camina detrás del chico con el que hasta hace apenas una semana compartía todo, pero que ahora le parece un completo desconocido.

Siente una presión en el pecho que le dificultad respirar con normalidad, pero no es consciente de ello. Su cerebro centra absolutamente toda su atención en la mirada del rubio, persiguiendo al pelirrojo con una velocidad pasmosa, acelerando el ritmo de su corazón como a un ferrari recién comprado. El rubio olvida momentáneamente que su hermano llega tarde, y todo el enfado que tenía respecto a ese tema desaparece como las hojas de los árboles que se lleva el viento cuando su mirada se cruza con la del pelirrojo.

El más bajo parpadea, quedándose quieto en el pasillo. Su acompañante ha seguido andando y hablando con él, no se ha dado cuenta de que se ha detenido. Como si el tiempo se hubiese detenido, para el rubio solo están ellos dos. Siente la inmensa necesidad de acercarse, de hablarle, de decirle algo, pero antes de que consiga mandar la orden a su cerebro, el observado desvía la

mirada, cabizbajo, y camina acercándose a su acompañante.

El rubio, aun paralizado en su sitio, escucha a su yo interior gritarle que corra a por él, que le abraze, que le diga que no se ha olvidado de él, que quiere volver a tenerle junto a él. Pero sin embargo, lo único que tiene delante de él es la silueta de su espalda alejándose de él, dejándole atrás sin dirigir la vista atrás, sin mirarle siquiera. Los ojos del rubio se humedecen y su corazón da un pequeño soplo. Se acelera todo lo que puede, parándose de repente. El aire no llega a los pulmones y la vista se vuelve borrosa. Clava una rodilla en el suelo y su mano derecha aprieta el pecho sobre su corazón, intentando que reaccione. Boquea, intentando respirar, notando sus ojos secarse por momentos.

El pelirrojo sigue alejándose, pero en el momento adecuado, el rubio saca las fuerzas de la nada y consigue asestar un golpe sobre su pecho, reactivando su corazón y permitiendo a los pulmones llenarse de aire de nuevo. Tose forzosamente, levanta la vista llena de lágrimas y puede ver la mirada llena de tristeza de su compañero.

Lanza hacia allí la que va a ser la última mirada que va a dedicarle, la que grita que no se ha acabado, que no le ha olvidado, que no va a ser tan fácil como lo ha sido para él, que seguirá sufriendo en silencio.

— It's Not Over...

Y su susurro desaparece entre la muchedumbre de gente que se arremolina junto a él, atosigándole a '¿estás bien?', '¿qué te ha pasado, muchacho?' y derivados. Consigue incorporarse no sin dificultad, y tras unos minutos un tanto confusos sale de la tienda, encontrándose cara a cara con su hermano, que se disculpa por llegar tarde.

Maldito seas, si hubieses llegado a tu hora, nada de esto habría pasado, no le habría visto y no habría tenido que despedirse de él en silencio.